



Rosario Ilustrada

Guía literaria de la ciudad



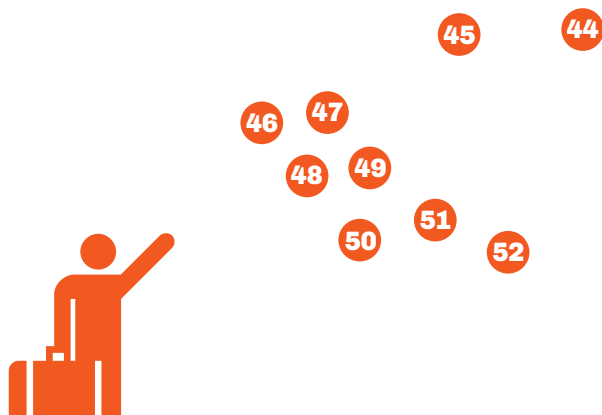
44 Aquel recorrido interminable. **45** Santo y seña: alegrarse! **46** Esos bares en los que siempre es la hora. **47** Sin un mango en el bolsillo. **48** La barranca salpicada de flores amarillas. **49** Una postal europea llena de sillas de colores. **50** El puño del orador martillea en el aire. **51** Un caracol, la isla verde. **52** Crece el bosque de mástiles y torretas de los barcos.

Adolfo Bioy Casares **Dermidio González**
Jorge Barquero **Pablo Gavazza**
Delia Crochet **Alma Maritano**
Abel Rodríguez **Carlos Piccioni**
Roberto Fontanarrosa

:e(m)r;

Rosario Ilustrada

Guía literaria de la ciudad



Recorridos anteriores

1 Roberto Arlt **2** Jorge Söhle **3** Ada Donato **4** Felipe Aldana **5** Beatriz Vignoli **6** Lilian Neumann
7 Arturo Cancela **8** Rosa Wernicke **9** Jorge Isaías **10** Rubens Bonifacio **11** Patricia Suárez
12 Pablo Crash Solomonoff **13** Oscar Taborda **14** Alfonsina Storni **15** Daniel Giribaldi
16 Osvaldo Bazán **17** Borges/Bioy Casares **18** Daniel Briguet **19** Rafael Ielpi **20** Eduardo D'Anna
21 Héctor Sebastianelli **22** Florencio Sánchez **23** Fausto Hernández **24** Edgardo Dobry
25 Francisco Gandolfo **26** Alberto Lagunas **27** Angélica Gorodischer **28** Juan Carlos Onetti
29 Roger Pla **30** Edgardo Cozarinsky **31** César Tiempo **32** Noemí Ulla **33** Alejandro Rubio
34 Hugo Diz **35** Elvio Gandolfo **36** Luis Gudiño Kramer **37** Enriqueta Glardon **38** Mateo Booz
39 Facundo Marull **40** Pablo Makovsky **41** Perfecto Gambartes **42** Marcelo Scalona
43 Lubrano Zas

:e(m)r;

EDITORIAL MUNICIPAL DE ROSARIO

Rosario Ilustrada / Guía literaria de la ciudad

© Editorial Municipal de Rosario 2004

Edición general Pedro Cantini / Compilación y edición Martín Prieto y Nora Avaro / Ilustración Luis Lleonart, Milena Alessio y Silvina Marietta / Diseño Cosgaya Diseño / Impresión Borsellino Impresos

EMR agradece especialmente, por su colaboración en la elaboración de esta Guía, a Ricardo Avaro, Analía Capdevila, María del Carmen D'Angelo, Eduardo D'Anna, Hugo Diz, Elvio Gandolfo, Francisco Garamona, Daniel García Helder, Mario Ghione, Alberto Giordano, Diego Giordano, Rafael Ielpi, Jorge Isaías, Jorge Malla, Gladys Onega, Judith Podlubne, Agustina Prieto, Carlos Raggi, Roberto Retamoso, Sylvia Saítta, Oscar Taborda, Fernando Toloza, Alfredo Tornimbeni, Alberto Carlos Vila Ortiz, Susana Zemme, Héctor Nicolás Zinni.

Esta edición se compuso con las fuentes *Rosario y Chivo*, de Héctor Gatti (Rosario, Argentina, 2004).

44

Avenida Lucero

por Adolfo Bioy Casares

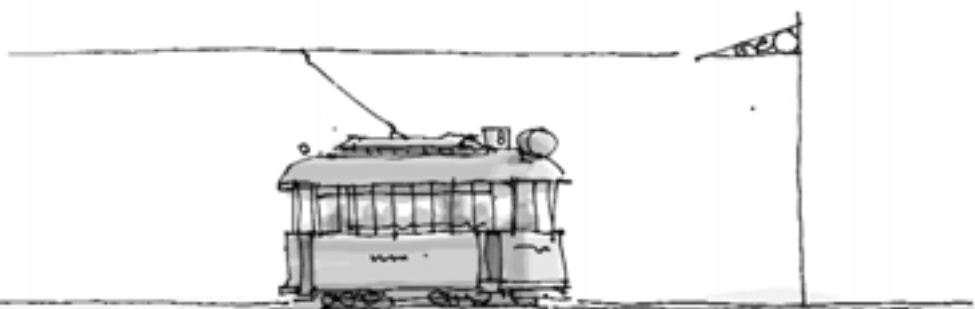
Salieron de la casa y caminaron hasta la esquina. —La señora dijo que te va a acomodar en los altos de la botica. Vas a estar hecho un señor, con entrada independiente. Ahora tomás el tranvía número 5. Fijate donde lleva pintado el número. Poné atención en lo que te digo: le pedís al guarda que te avise al llegar a Mitre y San Lorenzo. Ahí bajás, y después tomás el tranvía número 8. Le decís al guarda que te avise en la Avenida Lucero, una cuadra antes de llegar al frigorífico Swift. Ahí bajás y enseguida encontrás la botica. Estás en pleno Saladillo.

Nunca olvidaría aquel interminable recorrido por el Rosario. Tal vez porque iba solo, porque no tenía que aparentar indiferencia (como a la llegada, con el turco), se dio el gusto de mirar todas las cosas nuevas y extraordinarias que llamaban su atención. En muchas oportunidades, en ese primer viaje en los tranvías número 5 y número 8, pensó: “Le voy a contar esto a los hermanos, y a Rafael y a Flores”. Pasó frente a edificios altos y oscuros, con torres en punta, con pararrayos (edificios que no volvería a ver, como si los hubiera



**Aquel recorrido
interminable**

>>>

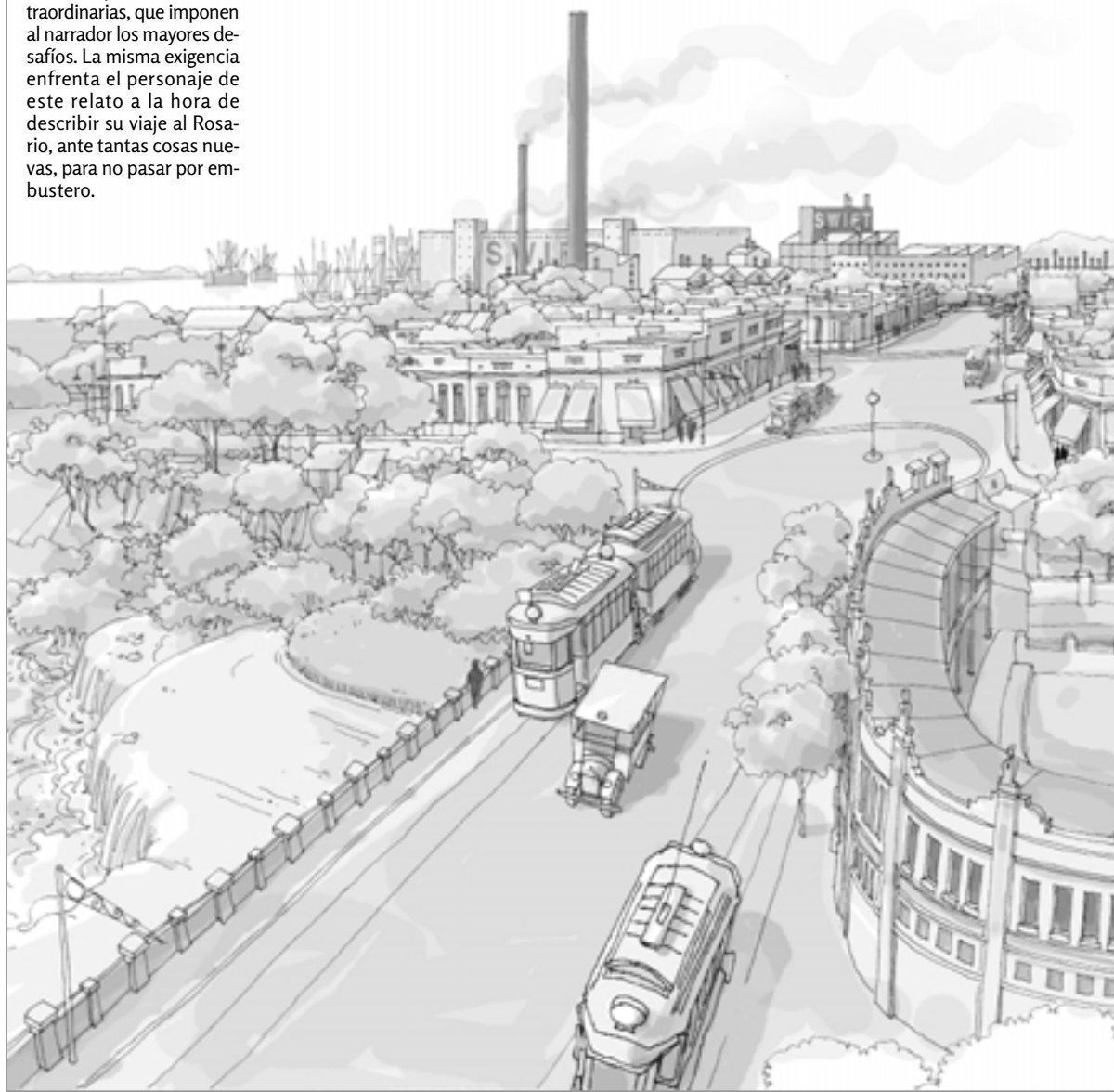


>>> soñado). De algún modo le pareció que en esos dos tranvías, y no en el camioncito del turco, había hecho su entrada en la ciudad. Iba ahí sentado, como cualquier pasajero, con el reloj despertador sobre las piernas y con la deslumbrada convicción de participar en hechos culminantes. Cuando llegara la hora de contarlos, si no ponía el mayor cuidado, iba a quedar como embustero.



De todas las anécdotas dignas de ser contadas, Bioy Casares prefiere las extraordinarias, que imponen al narrador los mayores desafíos. La misma exigencia enfrenta el personaje de este relato a la hora de describir su viaje al Rosario, ante tantas cosas nuevas, para no pasar por embustero.

Adolfo Bioy Casares nació en Buenos Aires en 1914 y murió en la misma ciudad en 1999. Este es un fragmento del relato "Lo desconocido atrae a la juventud", perteneciente a su libro *El héroe de las mujeres* (Buenos Aires, Emecé, 1978).



45

El Gianduia

por Dermidio González

El Gianduia no es propiamente un cabaret, ni uno de esos restaurants que se dicen “abierto día y noche”. Es un galpón grande construido con economía genovesa. El confort brilla por su ausencia, pero la higiene está como en su templo. Entonces qué es el Gianduia? Es sencillamente un bodegón, en que á la vista del cliente, se condimentan sabrosos asados, y apetitosos chorizos, que hay que rociarlos con una especie de Medoc argentino, que es en verdad delicioso. Situado en un barrio de gente divertida y de casas de placer, su colosal éxito estaba asegurado después de media noche. Se afirma que en sus sencillas mesas saborean asados, todo lo más encopetado que tiene Rosario.

Contiguo al desmantelado comedor, hay otro salón sencillamente arreglado para bailes. Una orquesta típica dirigida por el pianista rosarino Martínez, ejecuta cadenciosos y sensuales tangos. El tango! Cómo se ha atacado y se ataca al clásico baile argentino. Pero leamos lo que dice Gómez Carrillo: “el tango argentino tal cual en París se practica, es una danza lenta, elegante, distinguida, aristocrática, casta y complicada. Las parejas van contando los pasos con un cuidado extraordinario. El menor error y todo está perdido. Cada gesto corresponde á una regla severa é invariable. Y no hay uno solo de sus movimientos, así, ni uno solo, que la más pura señorita no pueda ejecutar”.

Aquella noche había una recepción de despedida á Raúl, con motivo de su próximo enlace, pues se había comprometido en matrimonio con Rosina. Lamentábanse los compañeros, de la partida de uno de los más fervientes y entusiastas miembros de la sociedad Los Farristas. Pero elogiaban la elección de la novia, por cuanto esa niña tenía prestigios entre la muchachada, debido á su carácter liberal y franco. La tenida debía ser magna y debía abun-



**Santo y seña:
alegrarse!**

>>>

Dermidio González nació en Corrientes en 1874 y murió en Rosario en 1919. Este es un fragmento del relato “Rosina D’Arsay” perteneciente a su libro *Vida de Aniras. Rosina D’Arsay* (Edición especial de *La Novela Argentina*, s/f, circa 1919).

- >>> dar el espumoso champaña. Las mujeres debían también ostentar elegantes trajes, y los jóvenes del cónclave farrista, tenían que presentarse de smockin. El cheff del Gianduia prepararía un menú de circunstancias: puchero de gallina, chinchulines, asado á la parrilla, frutas. Á la madrugada chocolate. Santo y seña: alegrarse!



En un bodegón al que todos llaman Gianduia, pese al ostentoso “La Carmelita” del cartel que preside su ingreso. Los Farristas festejan a uno de sus más entusiastas miembros, comprometido con la joven Rosina D’Arsay. Pero la tenida promete una comilona de tal magnitud que el novio parece despedirse, más que de la vida de soltero, de la vida en general.



46

Medicina

por Jorge Barquero

La tarde va cayendo. Estoy sentado en el café de López, a una cuadra de la facultad de Medicina.

El cielo rosarino muda su ornato de ópalo verde y rojizo por un impreciso azul.

Observo las animadas charlas de los estudiantes en las mesas de la vereda. Sonrisas simétricas de dientes totales flotando en un jolgorio de chaquetillas blancas. Me detengo en un estetoscopio asomado en un bolsillo. Futuro espía de corazones y pulmones en la espera; aguardando que la voluntad y el saber de su dueño lo arranquen del letargo impuesto.

El de don López es un boliche atípico como tantos. En él los pedidos se intercalan en la cúspide de lo absurdo. Como intentando remedar un texto surrealista. ¡Sale una costeleta con fritas a caballo! ¡Me deben un completo con medialunas! ¡El ajedrez para la cinco! Es que la trashumante vida universitaria le fue moldeando el reloj. Ahí, en esos bares, siempre es la hora. Será por esa razón que el bohemio, sea poeta o timbero, otorga una armonía que ensambla bien con los albores de ciencia que roza.

Y será por todo eso que, en ese anochecer, me sorprendió la presencia del Toscano en el lugar. El Toscano con su chalina de tela abigarrada saludándome desde sus murmullos con el teléfono público. Minutos después su traje de fina alpaca pidió permiso y obtuvo un sitio en mi mesa. En verdad la honraba. En verdad el Toscano debía hacer tiempo a causa de los avatares de una cita mal interpretada. Y ahí estaba yo: un entremés a su disposición. El Toscano había llegado a ser —pienso que en aquella noche aún lo sería— la banca de juego más poderosa de Rosario y sus alrededores. Manejaba, según fuentes creíbles, ciento cincuenta planilleros grandes. También manejó el primer Mercedes Benz Pagoda que circuló por calles rosarinas.



**Esos bares en
los que siempre
es la hora**

>>>

Jorge Barquero nació en Rosario en 1942. Este es un fragmento del relato "El gordo Anibal" perteneciente a su libro *Sabihondos y suicidas* (Rosario, Editorial Municipal de Rosario, 2003).



>>>

Teníamos algo en común: él vendía números con gran éxito de taquilla; yo pretendía comer vendiendo letras metidas en poemas. Lo más lógico, entonces, era que no tuviésemos temas afines. Sea para coincidir o disentir.

Bohemios, timberos, poetas, jugadores de ajedrez y estudiantes de Medicina son los parroquianos del café de López, cuyos variopintos pedidos al mozo conforman en el aire un poema surrealista, uno de cuyos versos dice “un completo con medialunas”, y el de abajo “costeletas con fritas a caballo”.

Mi ubicación era ideal. Dominaba yo el tránsito de calle Córdoba con comodidad. El Toscano, quizás por aburrimiento, fue dándole empujones a su silla hasta conseguir ubicarse a mi lado. Quedamos mirando la agitada calle Córdoba. Y entonces fue que el Toscano habló. Con su lenguaje macarrónico de buen rosarino.

¿Junás, Roque, aquella casa de dos pisos allá en la esquina?, me preguntó y señalaba el cruce de Córdoba y Suipacha distante cien metros. Bueno, ahí donde está esa ventana *iluminatis* de *amarillus* supe tener hace ocho años mi cuartel general. La nacional sorteaba a las trece. A esa hora y con la ayuda de un solo *planillex* pasaba a una planilla mayor las jugadas de setenta planillas. Porque supe tener hasta setenta planilleros. Setenta, aunque te cueste creerlo.



47

Pellegrini hacia el río

por Pablo Gavazza

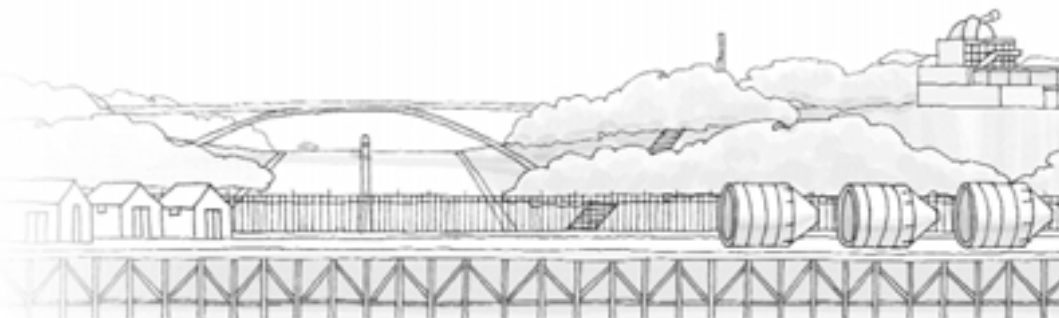
Pongo el guiño en Alvear y entro a la YPF. La calle me alivia un poco, me distrae. Si no fuera por la creolina, por el olor que todavía me golpea en el cerebro podría decir que nunca estuve en la Facultad, que vengo de otro lado. “Cinco pesos de súper”. Me apoyo en el costado de la puerta y espero. En el baño de la escuela había ese olor, en la escuela primaria. Siempre estaba Doña María meta baldear con el desinfectante. Pasaba de la leche negra del baño a la leche blanca con cascarilla. Era una mujer grandota. De tanto darle a la campana un día se le vino el badajo y la golpeó en la cabeza. “Miramos el agua”. “No, gracias”. Me subo sin decirle al empleado que debería cuidar mejor su trabajo, que debería hacer un curso para aprender cuáles autos llevan agua y cuáles no. Estoy sin un mango en el bolsillo pero sé que puedo andar toda la noche. Mi viejo le suturó el cuero cabelludo, fueron como once puntos. Yo sé que después le pidió a la maestra que si tenían que ponerme a mí debajo de la campana lo hicieran un poco al costado. No daba puntada sin hilo. Doblo por España. Mis hermanas también: al costadito. Me acuerdo que en esos días había soñado con una campana gigante de oro y que nadie podía hacer sonar, que estaba muda. Una campana muerta. Agarro Pellegrini. Si pudiera volvería a mi infancia y me quedaría allí con aquella alfombra de arpillera, el hogar a leña y mi amor eterno a la Nori y su bicicleta. Voy derecho hacia el río.

Sin un mango
en el bolsillo



Viniendo por Córdoba desde Medicina, carga nafta en Alvear, dobla por España, toma la avenida y se va para el bajo: el Paraná debería detener la rauda marcha del viajero. Pero no la detiene, ya llegó más lejos: a la infancia, a una alfombra de arpillera y a un amor eterno por la Nori.

Pablo Gavazza nació en Córdoba en 1957. Este fragmento pertenece a su novela Amores eternos. Una momia en Rosario (Rosario, Editorial Municipal de Rosario, 1998).



48

Costanera

por Delia Crochet

Palos borrachos, jacarandáes, tipas y paraísos moderaban la luz.

Pero las calles estaban vacías. Más tarde los paseantes las llenarían en parejas, en grupos, en familia, y ella volvería a su encierro.

El taxista llevaba el brazo izquierdo acodado sobre la ventanilla y manejaba con la mano derecha. De tanto en tanto, los dedos de la mano que descansaba acompañaban alguna maniobra del volante, pero eso duraba poco, la mano se desentendía y el brazo colgaba entonces fuera del auto. Atrás habían quedado los canteros de la avenida y en lo alto los edificios daban paso al parque Urquiza. La costanera continuaba a lo largo de las instalaciones del puerto que taponaban el río y de la verde barranca salpicada de flores amarillas. Todo estaba muy quieto.

Se estiró un poco en el asiento. El taxista parecía aletargado.

Galpones, barcazas, maleza, nada se movía. De pronto se dio cuenta de que el auto se había detenido; el taxista tenía la cabeza inclinada, el mentón contra el pecho. Le tocó el hombro. Algo no estaba bien pero ella no podía llamarlo, no tenía palabras para enfrentarse con eso.

Bajó del auto asustada y lo miró desde afuera. El color había desaparecido de la cara, tenía los ojos vidriosos, parecía muerto.

Muerto, se dijo.

Delia Crochet nació en Rosario en 1947. Este es un fragmento del relato "Luz en el agua" perteneciente a su libro *Bajo la quieta luz de un faro* (Rosario, Editorial Municipal de Rosario, 1999).



La barranca salpicada de flores amarillas



A la hora de las víboras, el taxi corre por la ciudad desierta. Pareciera que es el azar el que lo lleva a lo largo de la costa, pero en realidad los dos que están arriba del auto van hacia un destino tan insólito como puntual.



49

Munich

por Alma Maritano

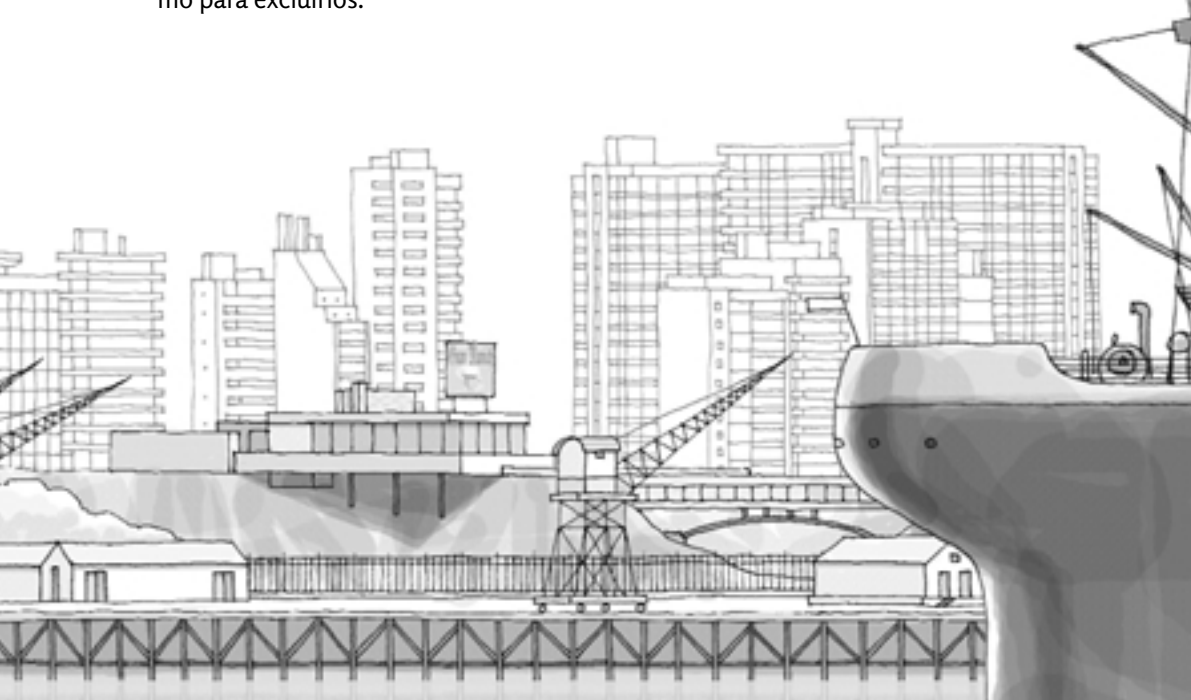
Volvieron muchas golondrinas esa primavera. Yo me sentaba en el balcón y las veía revolotear sobre los edificios.

Mi balcón es amplio. Da sobre Necochea, y al final de la calle están la “Munich”, el río y las islas. Me siento por las tardes en mi sillón de hamaca, a eso de las seis, si no hace demasiado calor, o tal vez un poco más tarde, y me pongo a mirar. Puedo estar mirando durante horas. Me concentro y hago desaparecer la “Munich”, y quedan solamente el río, el borde oscuro de las islas, y el viejo tala que me tapa justo el centro de los barquitos que pasan de cuando en cuando. La “Munich” parece una postal europea, tan llena de sillas de colores empinadas sobre la barranca, y los autos centelleando a lo largo del cordón y la gente indolente sentada o yendo y viniendo. A fuerza de ensayar días y días logré la suficiente concentración como para excluirlos.

**Una postal
europea llena de
sillas de colores**



Destacada autora de relatos para chicos y adolescentes, Alma Maritano también publicó cuentos para adultos en los que, sin embargo, algunos de sus protagonistas, como ésta que hace desaparecer una confitería con sólo concentrarse, mantienen una mirada sobre el mundo tan mágica como la de los niños.



Alma Maritano nació en Rosario en 1937. Este es un fragmento del relato “El puente” perteneciente a su libro *Mañana le preguntó* (Rosario, Editorial Municipal de Rosario, 1994).

50

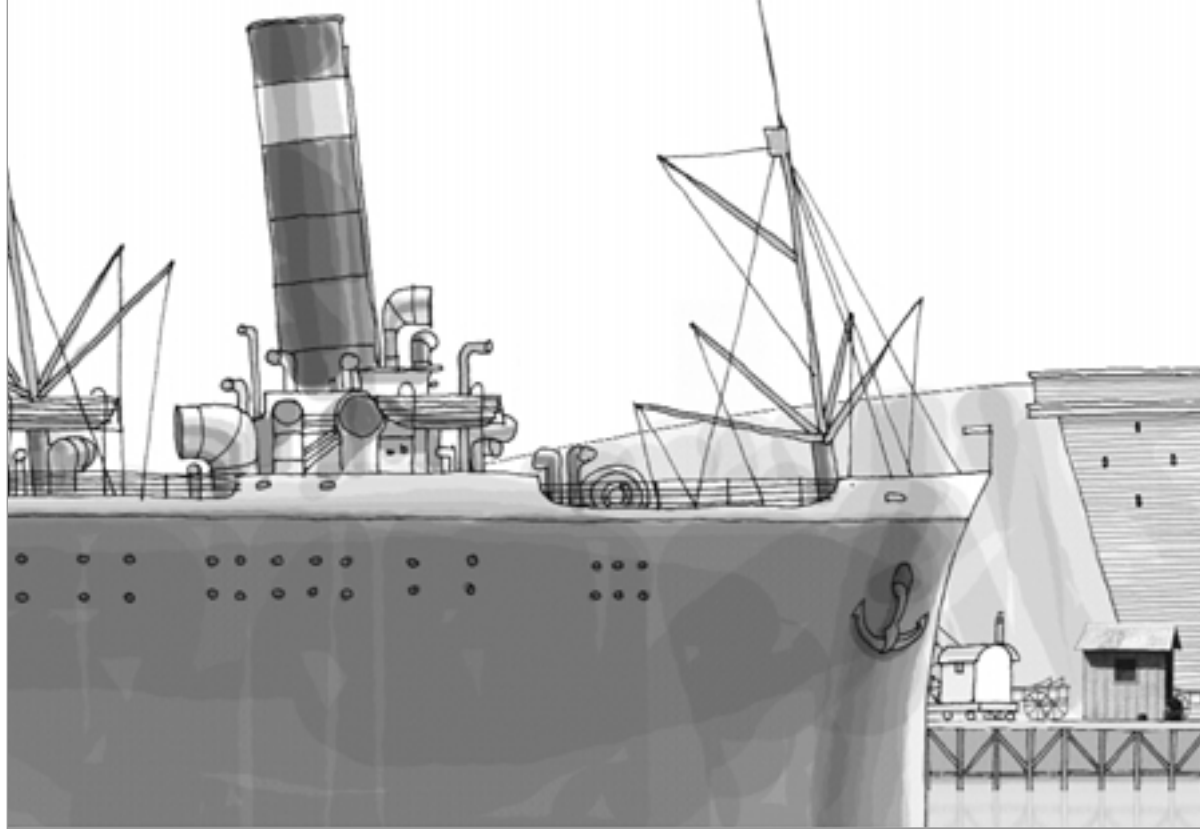
Puerto (2)

por Abel Rodríguez

La orden cundió rápidamente, andaba de un lado a otro: brincaba entre los bosques de mástiles; subía hasta los entrepuentes, se atornillaba por el hueco de las chimeneas y llegó también al lugar donde trabajábamos

—Eh, muchachos, ¡paren! ¡Paren!, ¡paren!, ¡paren!

Al costado de los buques los remolcadores cruzaban fugazmente, lanzando breves alaridos. Poco a poco los ruidos del puerto ce-



saron, y como único vestigio de actividad quedaron los penachos de humo, que se doblaban indolentemente sobre el cielo, ahora limpio y azul.

En la playa, llena de sol, un grupo negro gesticulaba. De sus entrañas surgió después una figura retinta, y alzando el puño lo agitó en el aire.

—¡Compañeros! —Las cuatro sílabas vibraron en la mañana diáfana.

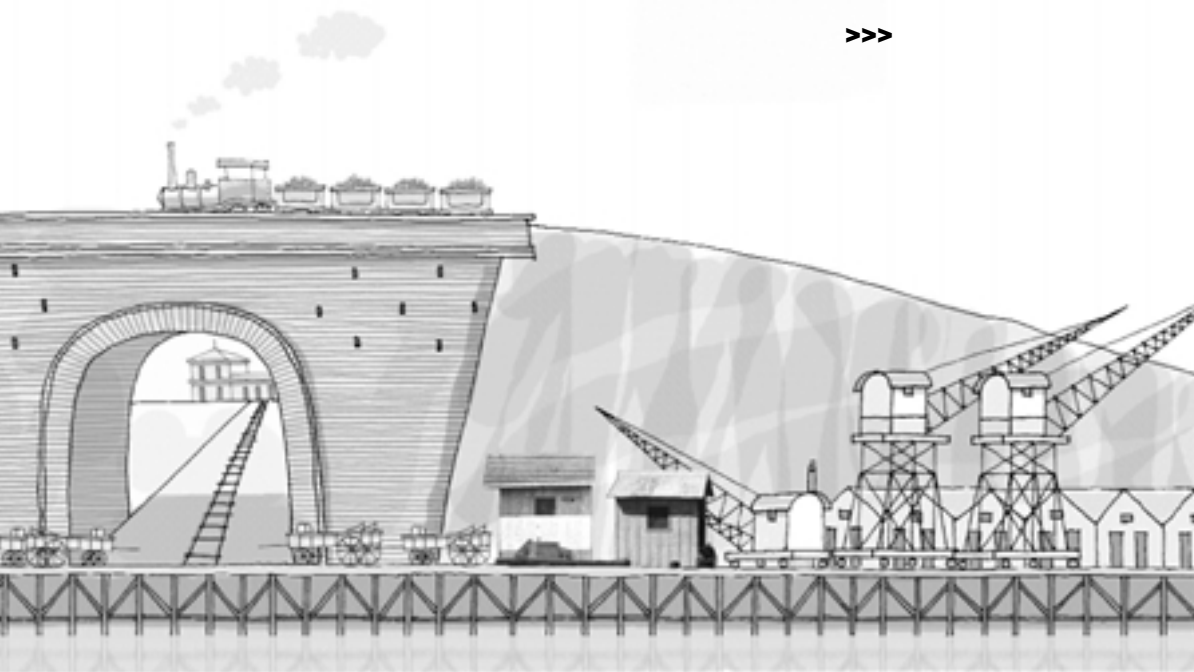
—¡Chits! ¡Chits! —pronunciaron algunos demandando silencio.

—¡Compañeros! —repitió la misma voz.

Por las pilas de carbón comenzaron a trepar los que recién habían abandonado las tareas. Estaban tan sucios que a la distancia se les hubiera confundido con los trozos de hulla.

El puño del orador martilleaba insistentemente en el aire, haciendo flotar la manga de la blusa como una bandera negra. Por la avenida costanera aparecieron los soldados; del grupo de hombres partió un murmullo y la voz del orador se tornó más fuerte, como si de ese modo intentase dominar el sobresalto que produjo la aparición del piquete. Un oficial les impartió la orden de salir de los límites del puerto, pero los trabajadores respondieron con dos o tres gritos hostiles. Luego hubo un silencio más hostil todavía. Después sonó un

El puño del orador martillea en el aire



Abel Rodríguez nació en Rosario en 1893 y murió en la misma ciudad en 1961. Este es un fragmento del relato "Carbón" perteneciente a su libro *La barranca y el río* (Rosario, Círculo de Prensa de Rosario, 1944).



Los escritores sociales de Boedo tuvieron en Abel Rodríguez a su notorio representante rosarino, quien no sólo oficiaba de corresponsal de las publicaciones de izquierda sino que también cumplió el rol de pesquisa, buscando en los lupanares de Pichincha a la primero célebre y luego inexistente Clara Beter.

➤➤ clarín. La huelga parecía iniciarse con el mismo carácter violento de los hombres que la auspiciaban.

*

La noche era tormentosa. Gruesas nubes se echaban sobre las murallas de carbón. Íbamos, entre otros, el catamarqueño, "Pulguita" y yo. También Elsa seguía a su compañero. Una vez dentro del puerto iniciamos el avance, pegándonos a las pilas negras. Por momentos, los relámpagos iluminaban la tierra, descubriendo la panza enorme de los buques. Los truenos retumbaban con violencia y desde lejos nos llegaban ruidos extraños que nos sobrecogían. Caminábamos como animales espantados, con el cuello duro, tratando de adivinar las operaciones de los soldados que vigilaban la zona portuaria. Avanzábamos unos pasos y nos deteníamos más de cinco minutos, a la espera de que se produjera algo que presentíamos. Además, "Pulguita" nos producía continuos sobresaltos, pues de vez en cuando la tos le atacaba, y tenía que apretar su boca contra el pecho de Elsa.

No puedo precisar con exactitud cómo nos descubrieron. A veces, cuando lo recuerdo, pienso que fue una traición de nuestros compañeros. Tengo sí, de aquella noche, una visión espantosa. Lo cierto es que a punto de llegar donde nos habíamos propuesto, nos recibieron con una descarga cerrada. Sólo pude ver que los que iban a la vanguardia se tambalearon, quejándose sordamente. Recuerdo cómo el catamarqueño, que marchaba a mi vera, alzó los brazos en alto, luego se ablandó como un muñeco de aire y exclamó:

—¡Hermano! —y cayó apuntalándose con la frente en una pila de carbón.



51

Puerto (3)

por Carlos Piccioni

Puerto de Rosario

Paisaje
de puerto
en la mañana

un caracol
la isla verde
el mástil
de un barco
retenido

hay poco
cereal
para mandar
al mundo
o tanta
indiferencia
para con el
navío?

Un caracol,
la isla verde



Para la ciudad, el puerto fue el motor de su progreso. Para los viajeros, punto de partida y llegada. Para los explotados estibadores, su lugar de trabajo y resistencia. Para el lírico, en cambio, es un paisaje y un interrogante.

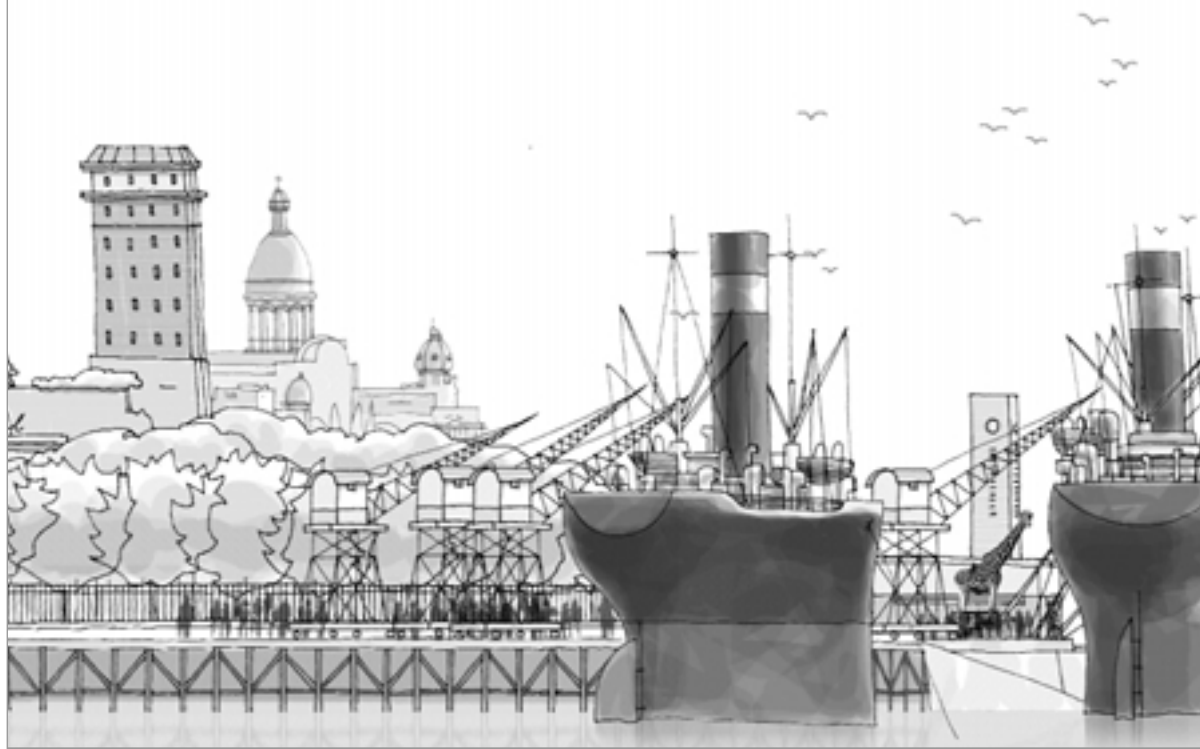


52

Puerto (4)

por Roberto Fontanarrosa

Me gusta Rosario cuando llega el invierno. Cuando caen las primeras nevadas y por el Paraná bajan los grandes bloques de hielo. De chico, yo subía a la terraza de mi casa, me trepaba a un pilar y desde allí veía, entre algunos edificios, pedazos del río y el rayón verde de la isla. Y también divisaba los hielos, derivando aguas abajo de la misma forma en que lo hacían los camalotes durante el verano. Quintina decía haber visto animales sobre



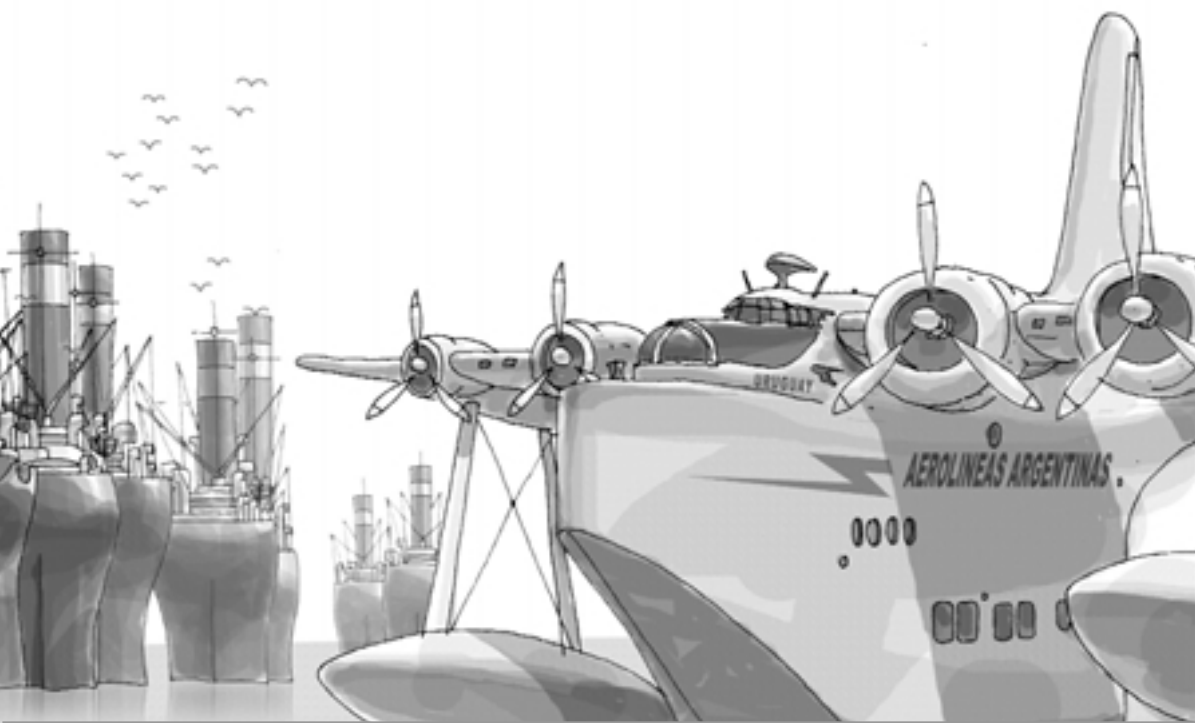
aquellos témpanos. Monos, pecaríes y hasta víboras, pero no se le podía creer mucho porque ella era muy fantasiosa a pesar de su simpleza. Lo cierto es que yo había visto una familia de paraguayos bajando en un camalote y Eduardito contaba que una vez venía una lampalagua comiéndose un chancho arriba de uno de esos hielos.

Lo que a mí me encantaba era mirar la llegada del hidroavión. Yo sabía que llegaba a Rosario a eso de las cinco de la tarde y me escapaba hacia la terraza. Acuatizaba muy cerca de la zona donde yo vivía (Catamarca y Corrientes, el Edificio Dominicis) y entonces se lo podía ver, próximo y brillante, metálico, como si ya viniera mojado. Era un aparato panzón, hermoso, y se divisaba bajo las alas —y entre los dos inmensos flotadores— la fila de ventanitas. Incluso a veces llegaban a verse los rostros levemente despavoridos de

**Crece el bosque
de mástiles
y torretas
de los barcos**



>>>





Reconocido primero como humorista gráfico e historietista, rápidamente Roberto Fontanarrosa trasladó a la literatura su visión delirante del mundo y construyó, en sus relatos y novelas, una ciudad paralela en la que, extrañamente, creen vivir muchos pintorescos habitantes de Rosario.

>>> los pasajeros, aún no muy acostumbrados a aquellas aventuras. El hidroavión descendía y yo no lo veía tocar el agua porque ya me lo tapaban los edificios. Y eso que aterrizaba bastante antes de la Estación Fluvial porque, en aquellos tiempos, toda la zona frente a la estación estaba ocupada por la actividad increíble de las dársenas. Estoy hablando, por supuesto, de antes de que los porteños nos robaran el puerto. Mi viejo me llevaba muchas veces a visitar el puerto. No se permitía entrar. Siempre había un marinero de guardia pero mi viejo le decía un par de cosas, muy suelto, canchero, y el marinero nos facilitaba la entrada. De allí en más crecía un bosque de mástiles y de torretas de los barcos y, dejando el auto (un Fiat Balilla, negro), empezábamos a recorrer los depósitos y los galpones entre la multitud de gente. Aquello era una sinfonía de razas y de colores. Había marinos rubios y colorados, de pelo casi blanco algunos, muy atildados que llegaban de los vapores de ultramar europeos. Había hindúes, con sus turbantes y taparrabos. Chinos, malayos, que bajaban de sus praos procurando conseguir perros para comer (decía Quintina que tía Lilia les había vendido el "Batuque" cuando ya estaba viejo). Había árabes que siempre parecían pelearse por su forma aparatosa de conversar. Y había negros, gigantescos algunos, llegados desde África en galeones o esquifes que, en ocasiones, procuraban escapar solicitando trabajo en la construcción del Monumento a la Bandera (el primero, el que no se terminó). Todo eso le daba al lugar una algarabía, una vitalidad y una atmósfera formidables. Los gritos, las órdenes, el azote de las velas al desplegarse, los mil idiomas diferentes, las corridas de los marineros franceses cruzando el boulevard costanero para cambiar divisas en el Sunderland o en el Wembley. El rezongar de los animales, que también los había. Estaban los enormes caballos de la Policía Montada con sus jinetes de uniforme azul que los hacían caracolear entre los bultos y los cajones descargados procurando evitar robos y fundamentalmente peleas, entre los balleneros nórdicos y los atuneros de El Callao, que bajaban siempre absolutamente borrachos con agua de alcanfor. Y había chivos, camélidos, jaulas repletas de loros, guacamayos y monos amazónicos. Hasta una jirafa vi un día, algo absorta, como espantada por todo aquel caótico mundo que la rodeaba.

Rosario Ilustrada

Guía literaria de la ciudad



En el próximo número

Beatriz Guido Sergio Gioacchini

Carlos Surínguez y Acha

Romeo Medina Aldo Oliva Juan Martini

Concepción Bertone Ángel Guido

Recorrido 8 de 10

Aparece el domingo 26 de setiembre

Rosario Ilustrada

Guía literaria de la ciudad

Más de setenta escritores que tomaron a Rosario como escenario de sus relatos y poemas, a lo largo de diez recorridos por la ciudad que la literatura reinventó en el último siglo y en diez entregas quincenales. La ciudad de las cosas que ya no son y perviven, o nunca fueron pero podrían ser. La de nuestras mejores y peores fantasías.

Una ciudad imaginaria. O la única real.

*En el año del III Congreso Internacional de la Lengua Española
“Escritura literaria: la invención de una identidad”*



III Congreso de la Lengua Española
“Identidad lingüística y globalización”

:e(m)r;

EDITORIAL MUNICIPAL DE ROSARIO



MUNICIPALIDAD DE ROSARIO
SECRETARÍA DE CULTURA Y EDUCACIÓN